



322 COLECCION DE APOLOGISTAS  
de su Ley fue someter á los débiles, degollar á los obstinados, destruir los tronos, y conquistar el Universo. Los que han escrito la historia de este Impostor, le han atribuido milagros; pero ¿qué crédito merecen unas relaciones que se hicieron tanto tiempo despues de la muerte de Mahoma; el qual tambien, quando se le pedian pruebas de su mision, solia responder, que Dios no lo habia enviado á hacer milagros, y que Moysés y Jesus habian hecho bastantes? Lo que él únicamente se propuso, fue acreditar su Alcorán, escrito, segun decia, de mano de Dios; obra llena de confusion, de absurdos, de infamias y anacronismos; en la qual se dice, que Dios mandó á los Angeles, que adoráran á Adán, y que solamente Belzebúth se negó á ello; que Abrahám fue idólatra; que Jesu-Christo negó que fuese Hijo de Dios, y que su madre era María hermana de Moysés; que Dios y los Angeles ruegan por Mahoma; que Dios tiene la mano fria, y que Mahoma la tiene caliente; que él vió en el Cielo un Angel, que tenia la una mano distante de la otra setenta mil jornadas de camino; otro, que era setenta mil veces mas resplandeciente que el Sol, y que tenia setenta mil cabezas, en cada cabeza otros tantos rostros, en cada rostro otras tantas bocas, en cada boca otras tantas lenguas, y que cada lengua cantaba en otras tantas voces diferentes, otras tantas diversas alabanzas á Dios: que en cada uno de

DÉ LA RELIGION CHRISTIANA. 323  
estos rostros habia setenta mil pares de ojos, y en cada uno de ellos igual número de pupilas, cuyos párpados se cerraban y abrian setenta mil veces por hora, en el temor del Altísimo. En el mismo libro se dice tambien, que en el Cielo hay Espíritus con cabezas de vaca y con cuernos; que Mahoma fue arrebatado de su lecho para contemplar todo lo que habia en los siete Cielos, el Paraíso y el Infierno; que despues de haber tenido con Dios noventa mil conferencias, fue restituido por Gabriel á su mismo lecho, y que todo esto pasó en tan poco tiempo, que quando volvió el Profeta, todavía no habia perdido el calor su cama, y el agua de una vasija de barro que se habia caido al tiempo de su partida, no habia acabado todavía de derramarse. Finalmente, en este libro se enseña, que la vida futura consiste en placeres absolutamente sensuales, y que en ella se verán los hombres saciados de regalos, y unidos á mugeres lúbricas, de que Mahoma ha poblado su Paraíso, el mas sucio y el mas material que puede imaginarse.

II. Entre estas Religiones llenas de suciedad, de mentira y de inhumanidad, se reconoce siempre el Christianismo por los caractéres de evindencia y de santidad, que son privativos suyos. A pesar del combate de las pasiones, y la huida de los placeres que prescribia á sus hijos; á pesar de la incomprehensibilidad de sus dogmas; á pesar de la oposicion de sus máximas á las de

todos los Pueblos, hemos visto que el Christianismo nació baxo una dominacion extraña, se estableció en medio de las mas crueles persecuciones, y fue predicado con fruto por doce pobres pescadores, á los sábios y á los poderosos de la tierra. Su doctrina condenaba los sacrificios y el culto de los ídolos, y los Griegos, los Egipcios, los Romanos y los Indios lo abrazaron: su doctrina exáltaba la humildad y la renunciacion de sí mismo, y los sábios se sometieron á él: su doctrina reprobaba el fausto, la vanidad y la gloria del mundo, y los Príncipes y Reyes se declararon protectores de ella: ningun esfuerzo humano ha obrado jamás tan grandes prodigios.

III. Lo cierto es, que esta Religion hizo ver al mundo lo que el mundo no habia visto todavía, conviene á saber, una abstinencia que reduce al hombre á que viva con un poco de pan y agua; una caridad que le hace abrazar hasta su enemigo; una paciencia que llega al extremo de apetecer las afrentas, las injurias, los tormentos y las cruces. Esta es la Religion que inspira al hombre un desprendimiento tal, que le hace sacrificar padres, amigos, fortuna y dignidades; una castidad, que le prohíbe todo comercio con los sentidos, toda relacion con hombres carnales, y hasta la libertad de la vista y el pensamiento; una abnegacion, que precisa al hombre á que se oculte, se olvide á sí mismo, se aborrezca y dé su sangre, primero que cometa la

culpa mas leve. Finalmente, esta Religion hace que el hombre prefiera la pobreza á las riquezas, el abatimiento á la elevacion, la soledad al resplandor, la muerte á la vida, y algunas veces los sufrimientos mas duraderos á la muerte mas dulce.

IV. ¿En qué otra Religion, sino en el Christianismo, se ha visto jamás, que los hombres se despojassen de sus dignidades, renunciassen á las esperanzas de una fortuna ventajosa, dexasen los empleos mas condecorados, por consagrarse al servicio de los pobres, de los ancianos, de los enfermos, de los niños abandonados, á la instruccion de los ignorantes, y á la educacion de la juventud? ¿Quándo ha inspirado la Filosofia este valor y este amor hácia los hombres? ¿Por ventura Atenas ni Roma miraron como un punto esencial del Gobierno y de la Religion, el preparar asilos para los desgraciados, á quienes la indigencia y la enfermedad arrastran al sepulcro, para aquellos Ciudadanos, á quienes la edad y la decrepitud hace inútiles á la sociedad, para aquellos niños, que el crimen da á luz y la sangre desconoce; todos los quales sin un socorro semejante, hubieran quizá sido víctimas del horror y crueldad, del hambre, y de la intemperie de las estaciones?

V. La Historia de los primeros siglos de la Iglesia nos pone frecuentemente delante de los ojos, exemplos de todas estas heroicas virtudes. En ella se vé, que la vida de los primeros Dis-

cípulos era el mayor argumento contra las costumbres de sus enemigos, como lo es todavía en nuestro tiempo contra la incredulidad. Era ciertamente un gusto ver los hombres señores de todas sus pasiones, y de todos los movimientos de su corazón, ejerciendo un imperio glorioso sobre sí mismos, poseyendo su alma en la paciencia y en la equidad, y gobernando todos sus apetitos con el freno de la templanza; humildes en la prosperidad, constantes en las desgracias, gozosos en las tribulaciones, apacibles con los que aborrecían la paz, insensibles á las injurias, penetrados de las aflicciones aun de aquellos que los ultrajaban, fieles en sus promesas, religiosos en su amistad, inalterables en sus obligaciones, poco lisonjeados de las riquezas que miraban con desprecio, embarazados con los honores que temían, mayores finalmente que el mundo entero, al qual consideraban como un monron de tierra. Jamás inspiró la Filosofía unas virtudes mas sublimes ni mas perfectas.

VI. ¿Y puede haber un espectáculo mas edificante que aquella Iglesia de Jerusalén, que Jesu-Christo comenzó á edificar con sus propias manos, y fue despues, no solamente el modelo, sino tambien el tronco y manantial de todas las demás? *Todos los que componian aquella santa asamblea, perseveraban, segun San Lucas, en la doctrina de los Apóstoles, en la Comunión de la fraccion del pan, y en la oracion: estaban unidos en la mis-*

*ma fe, y todo lo que poseian era comun. Vendian sus posesiones, y distribuian el precio de ellas segun las necesidades de cada uno: tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando á Dios, y viendose adorados de todo el Pueblo: no formaban sino un corazón y una alma, y no habia pobre alguno entre ellos: el Pueblo los colmaba de alabanzas, y su número se aumentaba cada dia.* Aquí tenemos un exemplo muy sensible y bien real de aquella igualdad de bienes y de aquella vida comun, que los Legisladores y Filósofos de la antigüedad consideraban como el medio mas adecuado para hacer felices á los hombres; pero que no les fue posible establecerla.

VII. Si de los Apóstoles pasamos á todas las demás Iglesias, que sus sucesores fundaron, hallaremos, casi por espacio de tres siglos, el mismo fondo de caridad, los mismos usos y la misma perfeccion. Vemos, que los Christianos se reunian baxo sus Pastores, oraban por la mañana, por la tarde, y á diferentes horas de la noche, se alimentaban de la lectura de los Libros Sagrados, y escuchaban con sencillez de corazón la explicacion que cada Obispo les hacia infaliblemente. Todos exercian oficios para ganar la vida, pagar sus deudas y hacer limosnas; sus ayunos eran muy rigurosos, muy frecuentes, y sin embargo no impedian que cada uno trabajase en su profesion y se hiciese util á la sociedad. Sus comidas eran modestas y frugales, porque

no comían sino lo necesario para conservar la salud y la fuerza que habian ménester para el trabajo. Sus muebles no aparentaban el fausto de los Gentiles: una Cruz, la Sagrada Escritura, algunas esteras, y una arquita de madera para guardar el pan de la Eucaristía; estas eran las riquezas que los perseguidores hallaban por lo comun en las casas de los Cristianos mas condecorados. Todos huían de las concurrencias de los placeres, llevaban unos vestidos muy pobres, se abstenián del juego y de los demás ejercicios, que no podían dexar de distraerlos, y de exponerlos á tentaciones peligrosas. Respetaban el matrimonio, como que tiene por objeto la producción de las criaturas racionales que deben durar eternamente; pero miraban como una flaqueza las segundas nupcias, sin que por eso estuviesen prohibidas, y la continencia como una virtud, cuya excelencia se apoyaba en la autoridad divina.

VIII. El Evangelio mismo era la fuente de tantas virtudes, por lo que todos los fieles se creían estrechamente obligados á meditarlo continuamente. Todos sabían que un verdadero Cristiano debe ser un hombre humilde, porque el Evangelio le enseña que no es mas que un debil gusano, que anda á rastra sobre la tierra, y que todos los hombres son hermanos é iguales suyos; porque le enseña, digo, que la gloria del mundo pasa, y que su destino es á una

felicidad muy superior á la que los hombres nos prometen. Tan gloriosas prerogativas les hacían conocer la dignidad de su sér, y hacían de su humildad un estado medio entre el orgullo y la baxeza, un estado que no excita el aborrecimiento ni el desprecio; y solamente el Evangelio enseña á ser humilde de este modo. Todos sabían que un verdadero Cristiano debe ser casto, que no seduzca ni corrompa jamás á la hija ó á la muger de su prójimo; todos sabían que la fidelidad y la amistad son los lazos mas estrechos de la paz del matrimonio; que los esposos que viven en discordia y en el desorden, no son del caso para dar vasallos virtuosos al estado; que una muchacha seducida queda deshonorada, y se hace indigna de ser muger de un hombre de bien; que no estando dispuesta á ser fiel, no es posible que crie á sus hijos en la virtud; que de la seducción al libertinage no hay sino un paso; y que el libertinage arruina las familias, impide la propagacion de la especie, debilita la sociedad, inficiona la naturaleza, y destruye los temperamentos mas robustos. Unas máximas tan sábias eran tomadas de la doctrina de Jesu-Christo, de los escritos de los Apóstoles, y particularmente de las Epístolas de San Pablo.

IX. En las mismas fuentes hallaban los Cristianos reglas seguras de templanza y de sobriedad, y consultándolas todos los dias, aprendían que la gula abrevia la vida, la qual es única-

mente de Dios y de la patria, irrita los deseos, multiplica las necesidades, arruina las familias, y un hombre arruinado se hace algunas veces un pícaro: aprendían que la intemperancia deteriora el sentimiento, enciende pasiones violentas, abisma en las mayores desgracias, y nos hace incapaces de cumplir con las obligaciones de la sociedad. Verdad es que la gloria de Dios debía preceder á qualquiera otro interés, y la esperanza de una eternidad bienaventurada parecerle preferible á la fortuna y á los elogios de los hombres; pero tambien él tenia su patria sobre la tierra, á la que amaba y servia por agradar á Dios que así se lo mandaba. El valor de los ambiciosos Romanos y el de los Christianos era el mismo en lo exterior; pero estos buscaban el bien sin desear la recompensa, y servian á sus Príncipes, porque Dios queria que les fuesen fieles y les estuviesen sometidos. Ellos solamente ignoraban el mérito y la gloria de sus acciones: lejos de llenarse de complacencia, se avergonzaban de sus virtudes, mas que el pecador de sus vicios: lejos de solicitar los aplausos, ocultaban sus obras de luz, como si fueran obras de tinieblas; no tenia parte en sus virtudes sino el amor de la obligacion; obraban finalmente en la presencia de Dios, y como si no hubiera mas hombres sobre la tierra.

X. «Comparemos, decia Tertuliano en su admirable Apología en favor de los Christianos,

«comparemos las Leyes de los hombres con las que Dios nos ha dictado: ¿qué Ley es mas perfecta, la que dice; *no matarás*; ó la que dice; *no montarás en cólera*? ¿La que prohíbe el adulterio, ó la que proscribe las miradas peligrosas? ¿La que prohíbe toda accion dañosa, ó la que castiga hasta la maledicencia? ¿La que no quiere que se haga ningun agravio al prójimo, ó la que ni siquiera permite que se le vuelva el mal en cambio del mal? La Ley humana no impide sino el crimen; la Religion destruye el vicio, que no es menos peligroso. La primera prohíbe las acciones criminales; la segunda proscribe las acciones virtuosas: la una detiene el brazo; la otra habla al corazon, y reprime sus movimientos. La Ley no manda sino lo que es indispensable; la Religion conduce á la perfeccion, y el camino por donde nos dirige, asegura la execucion de sus mandamientos. Quando nosotros hacemos el bien, prosigue el mismo Padre, tememos á Dios, y no al Proconsul. La Religion asocia, digamoslo así, las Leyes de la tierra á las del Cielo; si se quita su influencia, ¿qué motivo podrá substituirse? ¿La vigilancia de una policia atenta? ¿Quántos crímenes se le pasan por alto! Pero el Christiano está siempre en la presencia de Dios, á quien nada se le puede ocultar. ¿La severidad de los suplicios? Los suplicios tienen un término; y los que Dios prepara al hom-